

¡NO NOS ABANDONEN!

LOS CAMPESINOS
DE LA DIOCESIS DEL CORONEL OVIEDO (PARAGUAY)
A LOS OBISPOS
REUNIDOS EN PUEBLA (MEXICO)

En la América Latina, decía hace poco un teólogo chileno, el Pueblo ya ha celebrado Puebla. Aunque la Conferencia General de los Obispos Latinoamericanos se ha retrasado a causa del fallecimiento de Juan Pablo I y aunque todavía no está confirmada la fecha designada por Juan Pablo II, ciertamente una parte de Puebla ya se ha realizado. Los aportes de los grupos de base, comunidades cristianas, organizaciones populares de todos los países han sido múltiples y ricas. Tanto que en adelante no se podrá hacer teología en América Latina ni organizar la pastoral sin tenerlos muy en cuenta.

Son los pobres, los olvidados, los perseguidos, los indígenas y los campesinos los que han tomado la palabra. Ellos, los "sin voz", han sido en nuestra Iglesia una voz importante. Conviene resaltarlo. Algo muy cristiano hay en la Iglesia cuando en ella, frente a lo que ocurre en otras sociedades, los pobres se atreven a decir su propia

palabra. Algo muy de Iglesia hay en nuestro Pueblo cuando muestra ese interés por la Iglesia. Frente a los eternos agoreros que piensan que la Iglesia ya no existe con relevancia, la voz de los pobres le da a la Iglesia su relevancia verdadera.

Las Ligas Agrarias del Paraguay, organización campesina de inspiración cristiana, han sido uno de los grupos pobres que ahora han hablado para Puebla. Perseguido, acorralados por la dictadura stronista, siguen viviendo en la oscuridad. Y desde esa oscuridad levantan su voz a los Obispos.

SIC publica este aporte para Puebla. Porque es un aporte para nuestra Iglesia y porque es la voz de los que tienen que tener cada vez más voz si es que queremos hacer un mundo cada vez más humano y más cristiano. (N. de la R.).

De nuestra mayor consideración:

Antiguamente en nuestra vida religiosa, todos nuestros sufrimientos personales y comunitarios, familiares y sociales, estábamos con la creencia de que eran pruebas divinas, que teníamos que soportarlo e incluso ofrecerlo para gloria de Dios y santificación nuestra; nosotros hasta lo soportábamos con fervor y alegría, aunque iba directamente en desmedro de nuestra vida y de la de nuestra familia.

Cuántas veces hemos enterrado a nuestros hijos con resignación porque creíamos que Dios los quería para ángeles en el cielo. Cuántas veces hemos caído desmayados en nuestras chacras de hambre y le ofrecíamos a Dios. Cuántas veces hemos regalado el fruto de nuestros trabajos con el pensamiento de que era voluntad divina. Estas ideas se habían hecho carne hacía tiempo en nuestro pueblo y transmitido por nuestros progenitores. Los sacerdotes no decían lo contrario.

Pero Dios en su inmensa bondad y justicia hace alcanzar su Palabra a algunos hermanos nuestros, "pequeños profetas" populares, quienes Biblia en mano, empezaron a descubrir en ella otro rostro divino. Un Dios justo y bueno, que incluso tiene un Plan de Salvación, preparado al comienzo de la historia para todos los hombres. Encuentran y empiezan a comunicar que Dios siempre acompañó a los hombres, signo viviente de ello es la venida de Cristo que viene a aclarar y fortalecer el Plan de Salvación. Dios no quiere el sufrimiento humano, en su Plan encontramos la justicia, el amor entre los hombres y como meta la felicidad humana. Empezamos sobre esta base,

acompañados ya de algunos sacerdotes, a practicar la vida de amor fraternal, ya con la claridad de que Dios no era el culpable de nuestras desdichas y sufrimientos.

En este proceso de práctica solidaria llegamos a conversar y realizar juntos trabajos agrícolas, organizamos "Administración de Consumo" como prueba efectiva de nuestro deseo de fraternidad y como medio para la solución de nuestros problemas. Pero este accionar nuestro es mal interpretado y comenzaron las acusaciones de que éramos protestantes, comunistas, que estábamos contra el gobierno; comenzaron también las persecuciones, amenazas, apresamientos, torturas, destrucción de nuestras administraciones. Entre quienes más nos acusaban, están los comerciantes.

A veces, cuando por rara casualidad caía en nuestras manos un periódico, nos enteramos que campesinos como nosotros, tanto en nuestro país como en los otros países de América Latina, sufren la misma represión e injusticia como apresamiento de las cabezas de familia de toda una colonia porque la tierra habría sido vendida a un poderoso y generalmente termina la cuestión siendo expulsados los colonos de la tierra que hacían años que ocupaban, les llevan presos para intimidarlos. (Muchos de los que estamos escribiendo ésta, hemos estado en prisión y recuperamos nuestra libertad sin juicio alguno).

Cuando supimos que los Obispos se reunirían en Medellín, hace diez años, les hicimos llegar nuestra desgraciada situación y la esperanza que depositábamos en ellos para que lo tuvieran en cuenta. Luego, felizmente fue llegando como lluvia

bienhechora, que los Obispos nos tenían en cuenta. Nos consideraban como parte fundamental de la Iglesia. Que nuestros sufrimientos y persecuciones eran sentidos por toda la Iglesia; que efectivamente, Dios no era el causante de nuestra desgraciada situación, sino que eran los mismos hombres. Nos aclaró además que la acumulación de riquezas en las manos de pocos hombres, permite la creación de una sociedad estructurada para conservar y asegurar esa privilegiada situación de dicho grupo. Que la solución vendría sólo con el cambio de estructura de esta sociedad injusta, para crear una estructura que se basa en el evangelio de los cristianos.

La Biblia, los documentos de la Iglesia, especialmente los documentos de Medellín, nos enseña nuestra situación, pues se refiere más concretamente a nuestra realidad latinoamericana y constatamos que tiene razón al decir que nosotros vivimos en una "injusticia institucionalizada". Nosotros habíamos tomado en serio la recomendación de Uds. que hay que cambiar la vida y que "necesitamos hombres nuevos para una sociedad nueva".

Como los pastores, tal vez con motivos justificados no se acercaron a nosotros para mostrarnos cómo el hombre nuevo debe vivir y transformar esta sociedad de estructura injusta en que vivimos; nosotros hemos comenzado por nuestra cuenta a pesar de las duras críticas por nuestros fracasos en este esfuerzo. Nos reconfortaba siempre la recomendación del Papa Juan XXIII donde dice que nosotros mismos debemos responsabilizarnos de nuestro porvenir.

El entusiasmo y empuje que inyectaron los obispos se enfrentó con una represión más continua, generalizada y sin importar absolutamente los medios. La decidida intervención de los obispos apoyando las justezas de nuestros reclamos en sus documentos, muy pronto se fue apagando en la práctica. Son muchos los hermanos que echaron su esperanza por el suelo, al no encontrar una rápida solución a los problemas actuales y temiendo perder más, que avanzar algo. Esto mismo observamos en la mayoría de nuestros obispos y sacerdotes que nos fueron abandonando poco a poco.

Estamos en una situación de abandono en la que, las autoridades por todos los medios nos persiguen: han invadido nuestras comunidades, destruido nuestras bases de trabajo; forzosamente hemos abandonado nuestros lugares, después de prisiones prolongadas, controlan todos nuestros movimientos y siguen controlándonos.

Estamos dispersos, abandonados y con miedo. Entendemos que las autoridades solamente con la fuerza de la represión bruta puede acallar nuestras voces y destruir nuestras organizaciones. Ellos tienen que defender sus estructuras que los mantienen en situación privilegiada, impidiendo la realización del Plan de Salvación señalado por Dios y confirmado con la venida de Cristo.

En infinidad de hermanos, Medellín echó raíces inarrancables, pero la situación probrísima y la represión incansable, nos mantiene actualmente desorganizados. La represión y persecución tenemos claramente identificados de dónde provienen y a qué responden. Lo que nos causa extrañeza es la postura de nuestra Jerarquía eclesíastica. Nosotros esperábamos que fuera de posición firme, fuerte y perseverante en el cumplimiento de lo resuelto en Medellín, no por ser resuelto, sino porque allí estaba la posibilidad de realización del Plan de Dios en nuestro tiempo y situación actual. Pero tras el empuje inicial fueron tranquilizándose llegando incluso a cierta desmoralización. Desmoralización que se manifiesta en una desconfianza por nosotros y que se va convirtiendo en una enfermedad grave, incluso puede llegar a la desconfianza de Dios; si sigue así llevará a una destrucción de lo construido de la que notamos los primeros signos, en este andar hasta Cristo mismo se verá excluido. En las últimas represiones lo hemos notado silencio total a pesar de las bárbaras torturas, asesinatos alevosos, nada! Después de dos meses comienzan a manifestarse, porque se les insistió desde todos los ángulos; se pronunciaron por exigencia, no por convencimiento; no para ser la voz de los que no la tienen. Es que Dios da fuerza y valor a través de los humildes, de los pobres y abandonados y no a través de los poderosos y ricos.

Queremos señalar, en justicia, a un hombre y cristiano,

a un padre y obispo que nos parece ejemplar, quien es Mons. Aníbal Maricevich. En su continuo contacto con nosotros, campesinos agricultores, nos ha sabido entregar a Cristo quien nos da fuerza y valor para seguir adelante. Mons. Maricevich nunca nos abandonó, en los buenos y malos momentos y también en situaciones difíciles, por eso él tiene coraje y lo transmite a los demás sacerdotes que están con él en su diócesis.

Nos enteramos que hay obispos que afirman que la situación de injusticia que se descubrió en Medellín ya se había superado. Queremos asegurarles, señores obispos, que aquí en nuestro país sigue la misma situación de injusticia e incluso peor, pues seguimos observando que existen algunos pocos que cada vez son más ricos y nosotros los pobres somos cada vez más numerosos y más bien vamos tirando hacia la miseria. Hemos sido enterados que existe un documento aquí en nuestro país que se llama "RELECTURA" que tiene un claro objetivo cual es, desplazar Medellín. Nosotros creemos que es válido analizar los documentos de Medellín para su práctica generalizada y progresiva. Solamente espíritus pusilánimes pueden proponer que los análisis y planteamientos de Medellín son irrealizables; es claro que el camino evangélico verdadero nos arranca de nuestras posturas y comodidades para la lucha por la construcción del Reino de Dios. Creemos que muchos son los que se apegan a sus comodidades, haciéndoles crear las más extraordinarias justificaciones para mantenerse en ese "estado de inmadurez cristiana".

Creemos que los planteamientos de cambios de estructuras tienen que ser realizados. La Iglesia misma tiene que dar ejemplo y comenzar los cambios profundos que a nivel institucional son necesarios para el cumplimiento eficaz de la misión encomendada por Cristo.

Nos preocupa la situación de sacerdotes y religiosos que abandonan la función sacerdotal, la causa de esta deserción no es problema vocacional sino es problema institucional, caracterizado por dos problemas debilitantes por la institución eclesial, con repercusiones para todo el pueblo: Impedimento para una acción pastoral popular continuada y el celibato.

Para nosotros es necesario; la puesta en práctica de las conclusiones de la Pastoral de Conjunto, al cual todos hemos aportado algo, ya sea de nuestras ideas o nuestras prácticas.

Es necesario y urgente la ordenación de diácono de los señores laicos comprometidos y dispuestos como primer paso para ordenación sacerdotal de casados, es decir, llegar a la abolición de la obligatoriedad del celibato.

Creemos que estas medidas serán los primeros pasos de cambio estructural profundo para que la Iglesia salga de su estancamiento para ser luz y motor eficaz para la realización del plan salvífico de Dios para los hombres.

Llegó a nuestros oídos que hay muchos obispos en América Latina que siguen muy bien en la práctica las pautas que marcó Medellín. Hemos oído que en Brasil son estos obispos Mons. Lorscheider, Mons. Cámara, Mons. Casaldáliga y Mons. Arns; en Ecuador Mons. Proaño y en nuestro Paraguay, Mons. Maricevich y Mons. Rolón. Si existen más como ellos, mucho nos alegraría.

Nos despedimos con la gran esperanza, que éstas nuestras reflexiones y proposiciones, puedan llegar y sean tenidas en cuenta por ustedes. Somos Iglesia y queremos sentirnos unidos a Uds. los obispos, pastores nuestros.

Nuestro gran saludo al Papa Juan Pablo I, por intermedio de ustedes, confiamos mucho en él, para nosotros constituye él una gran esperanza.

Si es que estas reflexiones nuestras les resultan pesadas, les pedimos que no nos tomen a mal, es que sentimos con desesperación, en nuestra propia carne.

Filialmente y con gran esperanza les saludamos sus hijos que pertenecieran a la Liga Agraria de la Diócesis de Cnel. Oviedo.

NOTA: No nos atrevemos a firmar este nuestro escrito, por miedo a que caiga en manos de personas mal intencionadas, como nos ocurrió ya más de una vez. Confiamos que ustedes nos comprenderán.